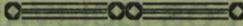


ORIGINAL

REVISTA BOLIVARIANA



DIRECTORES:

EDUARDO POSADA
LUIS AUGUSTO CUERVO

GERENTE:

DAVID SALGADO GÓMEZ

Volumen II || Bogotá, noviembre de 1928 || Número 16



BOLIVAR, por Geovanni Anderline

Matea Bolívar, ama de brazos del Libertador (I)

Con avidez de conocer todo cuanto en Caracas dice relación con el Libertador, aceptamos gustosos, una mañana, la invitación que nos hizo para ir a la casa de su hermano D. Simón, el señor D. Gabriel Canacho, sobrino y nieto del Libertador, y hermanos ambos del difunto conocido poeta D. Juan Vicente, que tan marcada huella dejó en la literatura a su paso por la tierra, siendo el asunto principal de la visita que íbamos a rendir, el presentar nuestros respetos aquella honorable familia, muy especialmente a la anciana madre de los señores Camachos, sobrina carnal del Libertador, y el de conocer a la negra Matea, esclava que fue de la casa de Bolívar y la *china* o niñera que se llevó a la casa, recién nacido el predestinado Libertador de América. Cumplió en este año ciento diez la buena mujer; y si los recuerdos de ogaño son confusos y a las veces nulos, los de antaño persisten luminosos y respiran con frescura los aromas de aquel tiempo. El retrato de esta buena mujer lo acompañamos en el presente número, y como mientras yo lo dibujaba y dirigía preguntas a Matea, Manuel Briceño seguía a la ligera el croquis de la conversación, para mejor dar idea de ella, lo he pedido a mi amigo y compañero, quien gustoso ha extractado de sus apuntes lo siguiente:

«Nuestro amigo D. Juan B. Pérez y Soto ha venido hoy a nuestra habitación a darnos la buena nueva de haber encontrado en

(1) Este escrito, que extractamos del viaje a Venezuela del señor Urdaneta fue publicado en el *Papel Periódico Ilustrado* (año III, pág. 74). Lo reprodujo en 1912 la *Gaceta de los Museos Nacionales*, de Caracas (24 noviembre), y le puso la siguiente nota:

«El San José del Llano que menciona el ama de brazos de Bolívar es San José de Tiznados, en cuyas cercanías poseía D. Juan Vicente de Bolívar y Ponte, padre del Libertador, el famoso ható denominado El Totumo.

La vieja Hipólita a quien recuerda la negra Matea en su relación, fue favorecida por el Libertador con una pensión vitalicia de treinta pesos mensuales, según orden transmitida a su sobrino Anacleto de Clemente en carta fechada en Guayaquil el 29 de mayo de 1823 (*Memorias del general O'Leary*, t. XXIX, p. 283).

Salta a la vista el *lapsus* del general Manuel Briceño, compañero de Urdaneta, al decir que fue el trapiche el edificio volado por Ricaurte, cuando todos sabemos, y así se deduce de la narración misma de Matea, que fue la casa habitación del ingenio Bolívar, llamada el Mirador, por su posición elevada, situada a un centenar de metros del trapiche en línea horizontal y a unos setenta metros de altura, el edificio incendiado con el parque de los patriotas. Los actuales descendientes de los manumisos del Libertador en sus posesiones de San Mateo conservan por entero y tal como la refirió Matea, la tradición del heroico sacrificio de Ricaurte, y muestran a los visitantes los efectos de la explosión en la parte posterior de la casa, que no fue destruida íntegramente, como se ha dicho. D. Anacleto Clemente reconstruyó hacia 1840 la parte de la casa en ruinas; pero aún así es fácil darse cuenta de los estragos producidos por la premeditada y conciente voladura del polvorín de las huestes de Bolívar».

El *Papel Periódico Ilustrado* trae además en su citado número el retrato de aquella nodriza del Libertador. E. P.

la casa del señor Simón Camacho, una reliquia: la mujer que cuidó al Libertador en sus primeros años. Inmediatamente Alberto ha preparado los lápices y el álbum, el entusiasmo de Pérez y Soto se ha transmitido a todos nosotros y emprendemos camino a conocer a *Matea*, acompañados del doctor Gabriel Camacho, Pérez y Soto, el general Hernández, Julio Betancourt y Emilio Casas.

En el corredor de la casa de la señora Camacho encontramos sentada entre las señoras, cuidada como una reliquia, a una mujer de color, baja de cuerpo, llena la cara de arrugas, vestida de zaraza, limpia y bien aplanchada la ropa y con un pañuelo de hilo atado a la cabeza, llevando en la mano un grueso bastón. Aquella era *Matea*, la *china* de Bolívar—como decimos en Bogotá—la que con él había jugado cuando niño, la que había alzado en sus brazos al que más tarde debía ser el Libertador de un mundo.

Pérez y Soto fue presentándonos uno a uno, y con cuanto respeto y cariño estrechamos aquella mano arrugada, negra, ya trémula. Nos sentamos en rededor de ella y principiaron las preguntas, que cortó Urdaneta proponiéndele que se dejase retratar. Consintió la buena mujer, y un momento después estaba colocada en sitio donde la luz modelara el rostro, y yo me instalé enfrente provisto de papel y lápiz para recoger sus palabras. Iba a hacerse el interrogatorio de la historia a una anciana de ciento diez años que conserva la razón y la memoria de un joven. He aquí esa narración:

—¿Cómo se llama usted?

—*Matea Bolívar* del servicio de mi amo Simón.

—¿En dónde nació usted?

—En Llano, en el pueblo de San José.

—¿De cuántos años vino a Caracas?

—Como que eran cuatro años.

—¿A dónde vino?

—A la casa de mis amos, en la plaza de San Jacinto, donde nació mi amo Bolívar.

—¿Cómo era la casa?

—Era alta y se cayó con el terremoto.

—¿Quiénes vivían en la casa?

—En la parte alta vivía mi amo Juan Vicente y en la parte baja mi ama Concepción.

—¿En dónde nació Bolívar?

—En la alcoba de la sala.

—¿Quién crió a Bolívar?

—Lo crió Hipólita, y yo lo alzaba y jugaba con él.

—¿Usted estuvo en algún combate?

—Estuve en la pelea de San Mateo con el niño Ricaurte.

—¿En donde estaba usted en San Mateo?

—En el trapiche; cuando los españoles bajaban el cerro el niño Ricaurte mandó salir la gente y fue a la cocina le pidió un

tizón de candela a la niña Petrona y nos mandó salir por el solar.

—¿Usted vio que hizo Ricaurte?

—Subió al mirador donde estaba la polvorera.

—¿A dónde fueron ustedes?

—Cuando corriamos para el pueblo donde estaba peleando estalló el trapiche y a nosotros nos metieron en la iglesia.

—¿Qué dijo Bolívar?

—Yo no oí conversar a mi amo, porque nosotros no nos metíamos en las conversaciones de los blancos.

—¿Para que le dio fuego Ricaurte a la pólvora?

—Pues para defenderse y defender a los demás.

—¿Y usted porqué es Bolívar?

—Porque mi padre y mi madre fueron Bolívar, (1) y yo tengo el apellido de mi amo.

Mientras tanto Alberto dio fin al retrato. No había más que preguntar. Matea había visto a Bolívar niño, había conocido a Ricaurte, había estado junto a él algunos momentos antes de consumir su sacrificio, le había visto con el *tizón de candela* en la mano, subir a la glorieta donde estaba el parque. Aquella mujer era a nuestros ojos la aparición de los gloriosos días del heroísmo sin límites, de la gloria sin horizontes, el testigo que setenta años más tarde debía narrar a dos colombianos peregrinos, cómo el hijo de Cundinamarca había sabido morir por la libertad.

Dejamos la casa de la señora Camacho, llevando Alberto una reliquia con el retrato de Matea y yo un comprobante del más glorioso de los hechos de nuestra historia con la relación que dejo anotada».

Fácilmente podrá el lector imaginarse cuan grata fue la impresión que sacamos después de nuestra permanencia de más de una hora en casa de la señora Camacho. La conversación con Matea, llena de una porción de detalles históricos interesantes, con relación a la época de la guerra a muerte, nos hizo rectificar algunos puntos de pormenores de la historia, de suma importancia para las personas dadas a estos achaques. Así, por ejemplo, la idea de que Ricaurte voló la polvorera con un tizón encendido y no con una pistola, como nos lo habían venido narrando hasta ahora, es de suma importancia bajo el punto de vista pictórico, y concuerda mejor seguramente con los sentimientos patrióticos que despierta el *modus operandi* de la sin par hazaña. No se cuanta pensión tenga Matea en Venezuela; si la tiene es muy reducida. En los días en que se inauguró la exposición, se la llevó a pasear por aquellos sitios, y con ese motivo dijo *El Siglo* o *La Opinión Nacional* (no recuerdo cual) lo siguiente:

«Matea.—Entre las personas que el domingo paseaban en la Exposición, llamaba generalmente la atención una anciana de color, que asistía a la apoteosis que representa aquel palacio casi sin comprenderlo.

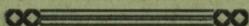
(1) Dice así pero debe ser *fueron esclavos*. E. P.

Esta anciana debe tener más de ciento diez años. Llámase Matea, y perteneció a la casa de Bolívar.

Ella llevó en sus brazos a Simón Bolívar cuando éste aún no sabía (1). No debe extrañarse, pues, el interés que despertaba Matea en cuantos la veían».

Hasta aquí mis apuntes relativos a los grabados que acompañan el presente número consagrado al santo del Libertador.

Alberto Urdaneta.



Epigrafía Bolivariana

Marcados han sido en varios países los episodios y las jornadas de Bolívar con lápidas conmemorativas. Hombre alguno no ha recibido como él esos homenajes de tantos pueblos y en tan distintas zonas. Van aquí algunas de las que hemos logrado recoger y que señalan ya etapas fecundas de su gloriosa vida, ya recuerdos de sus ilustres antepasados.

I. Santo Domingo

ESTE ENTERRAMIENTO
ES DE SIMON BOLI.....R
SECRETARIO DE LA RL AVDIENCIA
DE ESTA CIVDAD DE SANTO DOMINGO I
SVS HEREDEROS.

Existe en la nave central de la Catedral de la ciudad de Santo Domingo (República Dominicana).

Este antepasado del Libertador fue el primero de su estirpe que vino de Vizcaya a América (2).

II. Caracas

BAJO ESTA LAPIDA
ESTAN LOS RESTOS
DE DON JVAN VICENTE
DE BOLIVAR
Y

(1) Así está. Parece que falta la palabra caminar. E. P.

(2) Véase nuestro artículo *Un antepasado del Libertador*, publicado en esta Revista, t. I, pág. 101.